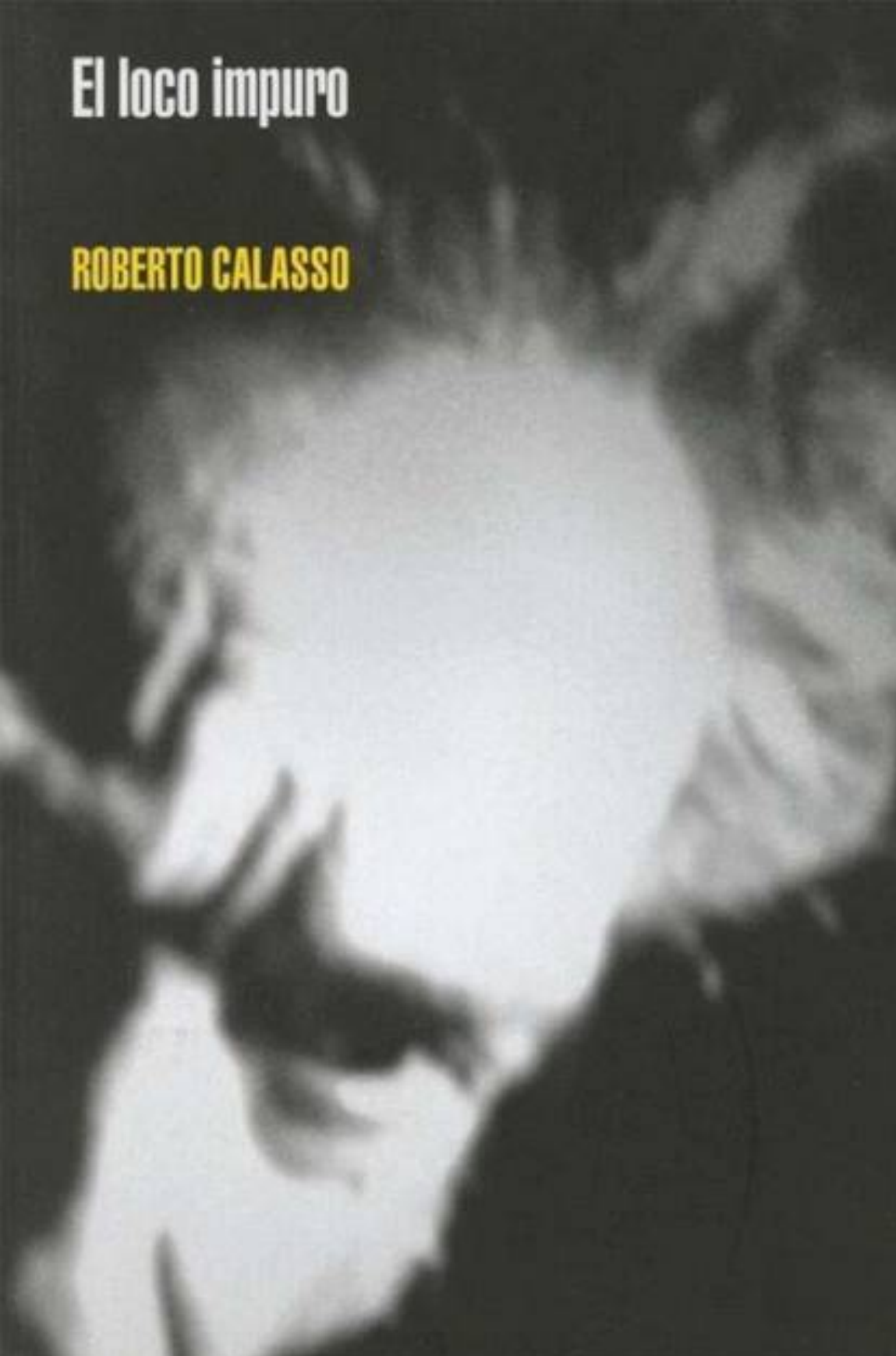


# El loco impuro

**ROBERTO CALASSO**



Ópera prima de Roberto Calasso, *El loco impuro* se centra en la figura de Daniel Paul Schreber, presidente de la Corte de Apelaciones de Dresde a finales del siglo XIX, que entre 1893 y 1902 estuvo recluido en diversos hospitales psiquiátricos, entre otros en el de Sonnenstein a cargo del entonces afamado profesor Fleschig. Si bien el propio Schreber describe su delirio en sus *Memorias de un enfermo de nervios* (Sexto Piso, 2008), Calasso da cuenta de la historia secreta del «caso», que en realidad es la historia de un crimen que habría de producir una fisura irremediable en el Orden del Mundo: el asesinato de Dios. Schreber carga con la culpa de ese terrible acto cometido por sus antepasados, una serie de docentes y psiquiatras que, al osar tratar a Dios como «objeto de experimentos científicos», iniciaron su agonía. Más que aventurar un diagnóstico de la locura del personaje, Calasso otorga relevancia a la verdad emanada del delirio mismo, al conocimiento derivado de la incursión en nuestras mentes de las potencias que rigen el mundo. Y restituye con ello la soberanía de Dios, de los dioses que, como dijo Jung, «se han convertido en enfermedades». Y así, a partir de severas críticas a Fleschig o Freud y de reflexiones sobre la historia familiar y el delirio de Schreber, Calasso entreteje, por medio de la voz de Schreber, un certero examen de la sociedad moderna: «No puedo evitar sonreír cuando os veo a vosotros, hombres hechos fugazmente, moveros con la cabeza alta, descargados del peso de la burocracia divina. Vosotros no lo sabéis aún: el dios muerto pesa más que el dios vivo, y más que el otro os devora».

Para F., en Charing Cross

## La laceración en el Orden del Mundo

En un año impreciso, durante el reinado de Federico II de Prusia, la «admirable estructura» del Orden del Mundo sufrió una laceración, a la que habrían de seguir muchas otras, «según el principio de *Vappétit vient en mangeant*». Se cumplían, *spiritualia nequitiae in coelestibus*, guerras de sucesión intestinas, allende el sol azotaban los Hermanos de Casiopea, todo sonido era de complot, pero el confundido espíritu terrestre recibió los trastornos sin lograr entenderlos con claridad; ya hacía tiempo que los prodigios tendían a pasar inadvertidos, y sólo algunos viajeros dejaban caer breves alusiones sobre lo que sostenían haber visto con sus propios ojos, agregando, no obstante, que «los acontecimientos más grandes son aquéllos de los que se tiene noticia hasta el final». El cronista celeste, testigo-actor, esperó el festivo y obscuro asomo del siglo para empezar a narrar su fábula, entre febrero y septiembre de 1900, en el Instituto de los Nervios de Dios situado en Sonnensstein, cerca de Pirna, en Sajonia, un castillo dividido en cuatro alas, habitado entonces por seiscientos veinte pacientes («*Que l'on chasse ces fous!*»), había gritado Napoleón en 1813, aunque no había ordenado que saquearan sus provisiones), encomendados al consejero secreto, el doctor Weber. Entre ellos había un magistrado alemán de cincuenta y ocho años, descendiente de una ilustre familia de inexorables correctores de la humanidad: Daniel Paul Schreber, *Senatspräsident*, presidente de la Corte de Apelaciones, retirado —así firmaba entonces—. Su retiro era el Teatro del

Mundo puesto al desnudo con horrible intensidad: en las pausas de su retiro se volvió analista de las torturas y las metamorfosis divinas, escribiendo las *Memorias de un enfermo de nervios*, que no dieron el resultado de iluminar al mundo sobre los acontecimientos que, desde los tiempos de Federico II, lo habían sacudido hasta desestabilizar su orden, pero convencieron a los jueces de la Corte de Apelaciones de Dresde de que Daniel Paul Schreber —que había concluido sus *Memorias* anunciando su progresiva transformación en mujer, su éxito en persuadir a Dios de no violar con demasiada insistencia el Orden del Mundo y, finalmente, el próximo nacimiento de una nueva humanidad parida por Schreber-hembra— estaba «a la altura de las tareas que la vida le impone... en todas las esferas vitales aquí consideradas, y son las más importantes» (se habían discutido, principalmente, sus capacidades para administrar su patrimonio), y que, en consecuencia, conforme al párrafo 6 del B.G.B., se tenía que anular la precedente sentencia de interdicción.

## Vida divina antes de la crisis

En los buenos tiempos antiguos, vino a enterarse Schreber, Dios tenía que ver sólo con cadáveres. La vida le era desconocida, y peligrosa. Cuando, para corregir levemente el curso de los asuntos terrestres, se tornaba necesaria una intrusión suya entre los vivos, Dios, que es puro nervio — en particular una masa de nervios capaz de «transferirse a todas las cosas posibles del mundo creado», asumiendo para tal función el aspecto de rayos—, establecía un rápido contacto con ciertos nervios sobreexcitados, por lo general de durmientes, éstos que los hombres llamarán, por su bien conocida propensión al *kitsch*, profetas, videntes y poetas. O bien, sobre todo en caso de guerra, le bastaba suscitar un poco de viento, *afflavit et dissipati sunt*, para que la victoria quedara entre sus aliados, principalmente Alemania. Pero evitaba las relaciones prolongadas; Dios —como se sabe— ama esconderse y quiere, sobre todo, ocultar sus debilidades; más aún, *su* debilidad, el «talón de Aquiles» en el Orden del Mundo: la atracción por lo viviente. En efecto, según la insondable Ley de la Atracción, «los rayos y los nervios se atraen recíprocamente» y Dios está siempre bajo una amenaza latente de ser atrapado por la fascinación de la vida, pero de una vida que nunca emanará de la humanidad prona, sino sólo de cualquier forma de *nerviosismo* y *excesos voluptuosos* —o sea, de la feminidad, porque «todo lo femenino, en efecto, ejerce una atracción en los nervios de Dios»—. Uno solo, pero letal, es el peligro vinculado a esta atracción (y a cualquier atracción): el de

perder la identidad. Y Dios, que en su remota región es sólo el archivo de los Nombres de los vivos y no tiene nada más que ver con ellos, debería entonces renunciar a su primera y extrema prerrogativa de testigo de la identidad y de sujeto él mismo.

Fue aquél el periodo del Uno y del Cadáver: el dios entonces lejano no necesitaba siquiera un Mediador para atender sus escasos asuntos terrestres; le bastaban aquellas furtivas visitas nocturnas —y mientras tanto el cuerpo de Dios continuaba enriqueciéndose con todos los nervios de los muertos—. Una vez depurados, éstos formaban una masa blanda, los «vestíbulos del cielo», de donde se permitía el acceso a los reinos anteriores y posteriores de Dios, el cuerpo de Ormuz y Arimán. ¿Era entonces doble el dios del Uno? Claro, pero era tan remoto que los hombres no sabían nada. Y, además, ¿cómo habrían podido saberlo? En sus rápidos contactos se amilanaban ante la fuerza, con la hoja del cuchillo en el cuello, atrapados por un momento y abandonados al vacío por el espectro de un predador que vagaba entre los vivos.

Y un día se produjo el gran crimen —durante el reinado de Federico II de Prusia, pero también durante el reinado de Guillermo II y asimismo en el interín entre ambos: tanto emplearon los «relojes cósmicos» en agotar su carga—, el crimen que produciría la fisura irremediable en el Orden del Mundo.

Y aquí nuestra crónica, después del prólogo en el cielo, se enfocará en las vicisitudes de dos grandes familias sajonas, afines y enemigas: los Schreber y los Flechsig, pertenecientes a la «suprema nobleza celeste».

## La familia Schreber

Investidos del título de «margraves de Tuscia y Tasmania», los Schreber aparecen, en los umbrales del reinado de Federico II y casi como sello de la edad compacta que se acababa, en la figura de Johannes David Schreber, rector de la venerable escuela de Pforta, la escuela de los príncipes donde Nietzsche remojaría su latín en el *grog* —quien, detrás de su atril, contemplaba desde la ventana «el tilo en flor» y la «amable naturaleza» de las colinas del Saale—. Y antes de él habían recluso en ese parque a otros: Klopstock, Lessing, Novalis. Después fue centro de formación de la *crème* de las SS. Desde su primer opúsculo aparecido en 1688, *De libris obscœnis*, Johannes David fijaba el destino de su estirpe en la preocupación por el «mal placer». Era la preocupación de quien conoce, como se constataría dos siglos más tarde. En la lascivia de los clásicos, pero aún más en las meticulosas descripciones de los casuistas jesuitas — Sánchez, *De matrimonio*, conversa doctamente *contra naturam* con Aloysia Sigaea Toletana—, había encontrado ese fuego frente al que «los verdaderos cristianos» prefieren la hoguera de los libros (cap. XVI). Y la poesía no puede servir de excusa. Sólo la ciencia, en todo caso: el anatomista es el único que está cualificado para «nombrar esas partes [sexuales], describirlas e incluso mostrarlas sin atentar contra el pudor». Porque en esas partes se muestra la «admirable estructura» y la «sabiduría del Creador». «Admirable estructura» en el cadáver, oprobio en el cuerpo viviente —tal es el blasón de la familia Schreber—. Sanear el universo, extir-



pando el «mal placer» que desciende por corrupción filológica de Tobías, 8, 9, es la misión de los margraves de Tuscia y Tasmania. El hijo Daniel Gottfried (...-1777) tiene vena polígrafa y propone brillantes mejoras a las particularidades del mundo, ya sean los impuestos o el servicio postal, el cultivo de duraznos, la cría de carneros o la destrucción de las orugas. Como economista, había transferido instintivamente el «mal placer» a la «mala moneda» y también él albergaba visiones de saneamiento definitivo: «El comercio ya no será arruinado por la “mala moneda”, por los judíos y por otros enemigos...» y, cuando los judíos dejen de corromper la moneda, también se «utilizarán todos los lugares desnudos». Su hijo, Johann Christian Daniel (1739-1810), naturalista, consagrará muchos estudios a los posibles medios para mejorar la grama. De un hermano suyo, jurista, nacerá el padre del presidente Schreber: Daniel Gottlob Moritz (1808-1861), que se propuso extender la persecución en nombre del Bien a toda la existencia humana, coartando la vida desde sus inicios: se volvió educador. En él se unen las dos líneas de los Schreber, divididos entre juristas y científicos: el educador impone una ley que es a la vez jurídica y biológica, dirigida a la integridad moral de la naturaleza. Daniel Gottlob Moritz Schreber persiguió tenazmente el Bien, quiso la voluntad —la «*fuerza de voluntad ética*» es «la espada de la victoria en la batalla de la vida» (*Kallipädie*, Leipzig, 1858, p. 184) y, por lo tanto, como recordó su joven exégeta nazi Alfons Ritter, «el salvador aun en la fiebre y la noche de la locura»— y percibió, con el rigor de los grandes visionarios, el nexo circular que liga las lavativas frecuentes, los sacrificios por los pobres, la posición erguida, los antiguos Germanos, la retención del esperma, la gimnasia en la habitación, la piedad practicada con firmeza y bravura, los baños fríos, el baño de sol, la moderada alegría casera, los pecados escritos en el pizarrón, el odio por las fábulas, la santidad del trabajo, la jardinería forzosa y la Ley Moral en nosotros. Organizó a su familia como célula

experimental del nuevo cuerpo de la sociedad, tal como debería marchar alegremente hacia el sol, la luz y el trabajo, después de extirpar esos «tumores en el cuerpo del Estado», que son las «clases inferiores» no educadas en el «ennoblecimiento de la vida de acuerdo con la razón y la naturaleza, por obra del poder moral» (*Ueber Volkserziehung*, Leipzig, 1860, p. 14). En Alemania, en 1988, los *Schreber-gärten* —pequeños huertos instituidos según las ideas del pedagogo— produjeron trescientos cincuenta millones de kilos de fruta y doscientos noventa millones de kilos de legumbres, y en 1958 había más de dos millones de miembros de las Asociaciones Schreber. Fecundo inventor de instrumentos para enderezar a la humanidad, producidos por el mecánico Joh. Reichel en Leipzig, D.G.M. Schreber estudiaba los efectos sobre sus hijos —y, por supuesto, los experimentó también sobre el pequeño Presidente, que tenía diecinueve años cuando su padre murió—. A D.G.M. Schreber se deben: el *Geradhalter* (en dos versiones: portátil, para usar en casa; fijo, sujeto a las bancas de escuela), instrumento metálico que obligaba a los niños a mantenerse erguidos cuando estaban sentados; el *Kopfhalter*, un tirante de cuero aplicado por un extremo a los cabellos del niño y por el otro a la camisa, de modo que jalara el cabello de los que no mantenían la cabeza derecha; el *Kinnband*, una especie de casco hecho de correas de cuero que rodeaba la cabeza del niño y debía asegurar el crecimiento armonioso de la quijada y los dientes; una rienda de cuero fijada a la cama que obligaba al niño a estar acostado en posición supina, evitando así la perversión del sueño sobre los costados, aunque no necesariamente la profanación del cuerpo mediante la masturbación. A esta última, que era entonces la forma más acreditada del pecado original, D.G.M. Schreber aludió raras veces, pero cuando se refirió a ella fue con un acento de condena implacable por las «silenciosas aberraciones» (*Kallipädie*, cit., p. 256): «El hombre puede hundirse hasta convertirse en un verdadero horror, si

se pierde por vías antinaturales en el intento de satisfacer su placer sexual, como sucede precisamente con el espantoso vicio de la profanación de sí mismo, ya que nada cobra venganza de modo tan seguro y terrible como la naturaleza violada» (*Das Buch der Gesundheit*, Leipzig, 1839, p. 164). Pero no basta con evitar el acto nefando: D.G.M. Schreber sabe bien que el enemigo está en el inconsciente, si es cierto que, una vez más en las palabras de su exégeta nazi A. Ritter, «el progreso de la historia se manifiesta como el paso de la dominación del inconsciente a la de la conciencia», y quiere sobre todo evitar las poluciones nocturnas, por lo que prescribe hacer por la noche una «simple lavativa de agua a la temperatura de 10-12 grados, que deberá retenerse el mayor tiempo posible (y, por lo tanto, no debería ser demasiado abundante)» (*Aerztliche Zimmer-Gymnastik*, Leipzig, 1855, p. 81). En una noche del invierno de 1894 el presidente Schreber —segundo hijo de D.G.M. Schreber: el primero, Gustav, también juez, después de volverse loco se había suicidado unos años antes— tuvo «un número absolutamente insólito de poluciones (alrededor de media docena)». Esa noche, escribió el Presidente, «fue decisiva para mi derrumbe espiritual». Y «desde entonces empezaron los primeros síntomas de una relación con fuerzas suprasensibles, en particular de una conjunción nerviosa que el profesor Flechsig [a cuyos cuidados estaba encomendado en ese momento, encerrado en su clínica psiquiátrica universitaria] había establecido conmigo, en el sentido de que hablaba con mis nervios sin estar presente personalmente. Desde ese momento tuve también la impresión de que el profesor Flechsig no alimentaba buenas intenciones hacia mí».

## La familia Flechsig

Otra gran familia, los Flechsig. Severo abolengo de Franconia y Sajonia: ya investidos de un feudo en 1444, reaparecen en un Glorius Flechsig (antigua grafía), jefe de palafreneros de un príncipe sajón en Weimar durante los primeros años del siglo XVI; a partir de 1571 se inscriben ininterrumpidamente en los registros parroquiales de algunos pueblos con nombres de exquisito cuño alemán, como Hirschfeld o Wolfersgrün; con el pasar de las generaciones se introducen en las ciencias pedagógicas, jurídicas y teológicas; sobresalen en la clarividente empresa de la educación de las masas pobres promovida por Emil Flechsig, archidiácono de St. Marien en Zwickau, padre del profesor Paul Emil (1847-1929), el discípulo del gran Ludwig en Leipzig, el autor de los innovadores estudios sobre la mielogénesis, el neuroanatomista ampliamente reconocido en Europa y, consecuentemente, gran autoridad en el mundo de la psiquiatría, aquel que habría de tomar en sus manos al presidente Schreber. Rememorando con gratitud su propia educación como planta del cementerio, a la sombra del venerable conjunto gótico tardío de la iglesia de St. Marien, recordaba conmovido la fundación, concebida por su padre Emil junto con el consejero secreto eclesiástico Dohner, de la «Asociación para la Cultura Popular de Zwickau, que intentaba promover un estado de conformidad por la vida en condiciones modestas, ilustrándolo con las figuras de personas dignas de ser imitadas por haber llevado una vida de simplicidad ejemplar» (*Meine myelogenetische Hirnlehre*

*mit biographischer Einleitung*, Berlín, 1927, p. 4). Ciertamente es que «el socialismo invasor muy pronto relegó a la sombra a estas formas más pacíficas de la acción social» (*loc. cit.*). Pero en el cielo se preparaba la venganza.

De cualquier modo, un silencio persistente habría de seguir cubriendo durante años las fechorías que se fraguaban en los intramundos; la verdadera historia de los infatigables arcontes-Flehsig quedaba marcada sobre todo en los archivos celestes, mientras que la tierra sólo registraba distraídamente las cartas que el adolescente Robert Schumann escribía, de Zwickau a Leipzig, a su amado compañero Emil Flehsig, exactamente veinte años antes de que éste se convirtiera en el padre de Paul Emil: «Justo estaba soñando, tendido sobre mi otomana; frescas primaveras de tiempos pasados ondeaban en torno a mis ojos bañados en lágrimas y, de pronto, me desperté con tu carta entre mis manos; entonces acudieron en tropel todas las horas felices que he pasado contigo, mi viejo amigo, mi Flehsig, y, melancólicamente exaltado, me dirigí hacia la Naturaleza y leí y releí diez veces tu carta, mientras pequeñas nubes doradas se disolvían en el éter puro. Hacia tu pecho, hacia tu corazón tendré que volcarme nuevamente. Amigo, ya no tengo amigo, ya no tengo amada —ya no tengo nada—, y aquí me debo callar. Nanni y Liddy, esas preciosas chiquillas nacidas de las utopías de la inocencia, no podrán jamás atravesar el umbral de la Escuela de los Dobles. Te hablo con jeroglíficos que ni a ti te sabría revelar, aun si conoces todos los recodos de mi corazón.

»Los sentimientos, querido amigo, son astros que nos guían sólo con el tiempo sereno, pero la razón es una aguja magnética que empuja al barco a destrozarse aún más lejos, sin necesidad de la luz, y armado con esa aguja, que sin embargo me abandona continuamente, yo quiero dirigir el timón hacia el anhelado Norte, aunque sea más helado que la geometría más pura.

[...]

»Sólo temo, mi Flechsig, que no leas lo suficiente a Jean Paul, y eso sería fatal para nuestra tragedia, si en verdad habremos de convertirnos en los nuevos Beaumont y Fletcher. Pero, adonde sea que nos conduzca el destino, tendré que decir eternamente que jamás he sido tan feliz como cuando te tuve por amigo.

Siempre tuyo, Schumann».

## Los dos gobernadores de los nervios

Gente ambiciosa, estos Flechsig, le decían las Voces al Presidente, fluctuando entre las distintas estaciones astrales, dedicados a oficios que fomentan un contacto eventual con Dios: pastores protestantes o estudiosos del *logos* de los nervios; o sea, psiquiatras. Este era, pensó siempre el Presidente, el verdadero oficio de los tiempos nuevos, el único que permitía una relación privilegiada, de ser posible, con el cuerpo de Dios; ese era el oficio que habría querido para sí, pero la Ley lo retuvo, antes de que él la pusiera en ridículo. Sin embargo, no fue sólo la Ley, hubo también un complot: «Podemos imaginar que se formó una especie de conjura entre cierta persona [Daniel Fürchtegott Flechsig] y elementos de los reinos anteriores de Dios en perjuicio de la estirpe de los Schreber, por ejemplo con la intención de impedirles que tuvieran descendencia o, por lo menos, la elección de profesiones que, como la de médico de enfermedades nerviosas, podían llevar a relaciones más estrechas con Dios». Freud, el último eslabón del complot, con su ensayo dedicado a las *Memorias* de Schreber, efectuó sobre el Presidente el último maleficio, que ha surtido efecto hasta hoy, al querer encontrar la «privación» que *debía* de encontrarse en el origen de esa paranoia y la identificó con la falta de progenie, pero calló totalmente sobre el segundo motivo indicado por Schreber, es decir, la «privación» de la posibilidad de trabajar como «médico de las enfermedades nerviosas», para alcanzar así esas «relaciones más estrechas con Dios» que Freud conocía, bien, y nega-